

reseñas

ROLDÁN, Mary, A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, 1946-1953, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Banco de la República, 2003, 435 pp.

eduardo sáenz rovner ♦

En este libro sobre la violencia de mediados del siglo XX en Antioquia, Mary Roldán señala que el mayor número de asesinatos entre 1949 y 1953 se dio en las zonas periféricas del departamento (Urabá, Bajo Cauca, Norte de Magdalena Medio), no en los centros industriales o en las zonas cafeteras. Aunque las muertes por la Violencia antes de 1950 sí se dieron en las zonas centrales de Antioquia, éstas ocurrieron en forma esporádica y en menor cantidad de lo que sucedería en las áreas periféricas antioqueñas desde 1949. En aquellas zonas donde el poder regional era fuerte y gozaba de legitimidad la violencia no fue una amenaza y generalmente logró evitarse manifestaciones extremas.

El mérito de la obra consiste en mostrar las diferentes dinámicas y tiempos de la Violencia en diferentes regiones antioqueñas, enfatizando factores socioeconómicos, culturales e incluso étnicos, por encima de afiliaciones partidistas. Los grupos conservadores de autodefensa, conocidos como “contrachusma” se salían de control e incluso afectaban a terratenientes conservadores. En las zonas de frontera del departamento los pueblos y poblaciones no antioqueñas se identificaban con el líder Jorge Eliécer Gaitán, el Partido Liberal y las guerrillas liberales.

Su análisis de la Violencia en las zonas periféricas basado en una sólida evidencia empírica, contrasta con la carencia de un análisis riguroso del papel de las elites económicas y políticas y su rol en ayudar a desatar y aprovechar incluso la violencia partidista de mediados de siglo, tanto en el país como en Antioquia. Sigue caracterizaciones de la supuesta “Nueva” Historia colombiana, Roldán califica al presidente conservador antioqueño, y rico empresario, Mariano Ospina Pérez (1946-1950), como un político “moderado” que intentó concentrar su acción en asuntos “tecnocráticos” y no partidistas. Para la autora, los políticos que ayudaron a desatar la violencia en las zonas periféricas de Antioquia eran los políticos de rango medio, seguidores de Laureano Gómez, conservador nacido en Bogotá.

Infortunadamente, la autora ignora los nexos y alianzas de Ospina Pérez con políticos de extrema derecha, así mismo que las reacciones partidistas conservadoras y extremas durante su gobierno, que llevaron a una represión militar y al establecimiento de una dictadura que cerró el Congreso, estableció la censura de prensa y limitó severamente los derechos constitucionales y propició la “elección” sin ninguna oposición de Laureano Gómez como presidente para el periodo 1950-1954, sentando así las bases para los gobiernos autoritarios que gobernaron a Colombia durante casi una década.

La autora idealiza a los líderes liberales y conservadores antioqueños, quienes supuestamente intervinieron en política más por un deber cívico y no como resultado de lógicas-ambiciones. Esta caracterización se enmarca paralela a la construcción de imagen que la elite empresarial antioqueña ha cultivado –con mucho éxito– “apolítica”, “moderada” y socialmente progresista. Varios académicos –por diferentes razones– han sucumbido

♦ Profesor titular del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

esta idealización, e ignoran la evidencia empírica y la literatura secundaria que muestra una realidad bien diferente. De hecho, para el periodo en cuestión, la elite empresarial antioqueña, por ejemplo –aliada con los supuestos políticos “moderados” conservadores– apoyó todas las medidas de fuerza de Ospina Pérez (incluyendo el envío de un Congreso dominado por el Partido Liberal que se oponía a otorgarle una protección incondicional a las empresas monopólicas industriales de origen antioqueño). Los ricos industriales antioqueños tenían también una alianza cercana con Laureano Gómez, quien se refugió entre ellos en Medellín después de las revueltas espontáneas que se dieron en todo el país luego del asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán en abril de 1948. Aún en el periódico antioqueño 9 de abril, subvencionado por los industriales antioqueños, desató una campaña de persecución contra los “nueveabrileros” con artículos muy agresivos, como si existiese en el país un estado de guerra total.

Curiosamente, el mismo Laureano Gómez, percibido por el Departamento de Estado de los Estados Unidos como un fascista que había estado a favor de las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, “moderado” en el discurso antinorteamericano de décadas acercándose de manera incondicional a los Estados Unidos a partir de 1950, autorizando el envío de tropas colombianas a Corea y otorgando condiciones especiales al comercio con el norteamericano, especialmente al petrolero. En el plano doméstico, Gómez llegó incluso a nombrar un gabinete de políticos del Partido Conservador de diferentes inclinaciones, y tuvo en los hermanos Gonzalo y Cipriano Roldán la quintaesencia de la elite económica y política antioqueña, dos de sus más cercanos colaboradores. Pregunto, ¿estas medidas de realismo político harían de Gómez un político “moderado” o tan sólo un pragmático necesariamente encasillado en las dicotomías establecidas por la autora tales como “Ospina Pérez-Laureano Gómez”, “antioqueños-no antioqueños”?

Para otro ejemplo de su dicotomía “antioqueño-no antioqueño”, la autora señala que las directivas de la Federación Nacional de Comerciantes (FENALCO) en Medellín se dirigieron en 1949 al gobernador de Antioquia en forma crítica por la radicalización de las disputas políticas. Percibe Roldán esta posición de los comerciantes locales como parte de una supuesta tradición antioqueña. Tendríamos que anotar que el cuestionamiento al gobierno y a los partidos conservadores –tanto a nivel nacional como local– por parte de FENALCO se dio aún más claramente por parte de la directiva nacional de FENALCO en Bogotá. No podemos olvidar que las posiciones económicas e ideológicas de los comerciantes durante esos años se acercaban a las posiciones del Partido Liberal, mientras que la poderosa Asociación Nacional de Industriales (ANDI), basada en Medellín, tenía posiciones que corrían por lo general paralelas a las de los conservadores.

La autora menciona cómo a pesar de la Violencia, los negocios en Medellín prosperaron –como en el resto del país– y que el presidente de la ANDI señaló que la situación de Colombia en términos económicos era la mejor a pesar de los conflictos políticos. Roldán menciona también la visión del mundo de la elite antioqueña que venía influenciada por la educación con los jesuitas en el Colegio de San Ignacio y en las dos universidades locales. Esta información es aunque interesante, ya había sido señalada en el pasado por la literatura sobre el tema.

La autora limita su investigación empírica básicamente a archivos antioqueños que contienen información sobre el nivel político. No trabaja archivos nacionales, ni archivos de las supuestas elites “moderadas” empresariales antioqueñas, ni buena parte de la literatura existente, lo que le hubiera proporcionado una visión totalmente diferente de la articulación de la Violencia entre el nivel regional y el nivel nacional, lo mismo que el papel de las elites políticas empresariales en el clima político reinante en esos años. Esto también le habría evitado incurrir en una visión regionalista, y hasta cierto punto idealizada de la convulsionada historia moderna de Colombia.